

Deriva en el tarot

José Raúl Pérez

Establecer un orden o, por el contrario, formar parte de uno que ya existe y que espera, agazapado, para gritar y manifestar su presencia rotunda, aplastante. Ignorar que cada acción que emprendes tiene implicaciones secretas: abres un libro, te arriesgas con una desconocida, disparas tu cámara ... y tu vida ya es otra.

Eso es vivir, por supuesto: propiciar que la rueda siga girando. La sorpresa viene en el momento en que, como en el *Ajedrez* de Borges, crees que eres quien maneja el destino de tus piezas, cuando en realidad no eres sino la pieza de otro tablero, de otra voluntad que te mantiene subyugado.

Eso es precisamente lo que quisiste hacer: establecer un orden, crear un mundo. El proyecto nació como tantos otros: una idea que se convirtió en obsesión, la lectura de un libro, de otro, de otro... Y entonces un chispazo: la intuición de que los personajes del Tarot siguen vivos, son actuales, y que por lo tanto es posible hacer una versión fotográfica de la baraja.

Sabías que los 22 Arcanos Mayores simbolizan un orden, *el* orden, el equilibrio cósmico, aquel que rige el mundo de lo ideal y que está por encima de lo particular. Sabías también que quien se atreve a mezclar las cartas les infunde su propia situación, reflejada en esa nueva secuencia.

En su momento, no entendiste que ese era el rito que habías iniciado. Como creador, estabas seguro de tu posición de dominio, de control. Sólo poco a poco empezaste a sospechar que tras la aparente inocencia de una acción que modificaba tus planes o alteraba la secuencia de tomas que habías definido, se escondía aquel orden que no habías sido capaz de reconocer. Una cancelación, un problema de última hora o el mal tiempo que te obligaba a posponer, se comenzaron a revelar como hechos *significantes*.

El Diablo fue quien trajo la confirmación. Una carta que tenías visualizada desde el principio pero cuya toma se postergó durante meses, ya que no encontrabas una locación satisfactoria; el Diablo no era problema, sólo tenías que llamarlo y vendría, pero el lugar... Finalmente éste se presentó. No era como lo habías imaginado, pero al verlo no tuviste dudas: "aquí es", pensaste, como si se tratara del lugar de un crimen.

Todo se coordinó y estaba listo: los modelos, el lugar, el humo, las lámparas, una tarde soleada en la que no había más que esperar la puesta del sol para empezar a trabajar... Sin embargo el Diablo no llegó, no era su momento. Fue necesario regresar a casa con el malestar del tiempo perdido y la esperanza de hacer la toma el lunes siguiente.

Poco después, tu deambular te llevó a otra imagen: los Enamorados. El mercado de la Lagunilla se te abrió con sus miles de posibilidades hasta que, en un momento, al doblar por un pasillo, lo sentiste una vez más: "aquí es". Al contrario de otras ocasiones, todo se dio de manera muy fácil; no fueron necesarias las explicaciones, las justificaciones, las cartas de solicitud... Ante el primer balbuceo tímido, "me gustaría hacer una foto aquí", la respuesta fue inmediata: "Claro que sí, no hay problema; pero que sea el martes".

Más tarde, tu mente jugaba con las posibilidades: te habría gustado hacer los Enamorados el miércoles, ya que sería tu cumpleaños y esa carta es la correspondencia astral de tu signo, Géminis. Sin embargo el Diablo estaría ocupado el lunes, por lo que la imagen habría de hacerse precisamente el miércoles. Asociación libre o proyección de tu propio inconsciente, en ese momento te diste cuenta de que el orden no era arbitrario, que las cartas se te estaban imponiendo para narrar tu vida, que si el cumplir 34 años para ti era completar un ciclo y decidirte a ese cambio al que no te atrevías, esa decisión y el conflicto que estabas viviendo quedaban perfectamente simbolizados en la secuencia dictada por la baraja. Primero los Enamorados: el deseo, el dilema, la decisión más importante, la opción entre la seguridad y el riesgo... Y entonces el Diablo como respuesta: la tentación de ceder al instinto, la liberación de los

poderes de la moral y el conocimiento, el abandono... Ésa era la prefiguración exacta de tu situación, de tu disyuntiva.

Fue entonces cuando entendiste que durante meses te habías estado tirando las cartas sin saberlo, que el orden de las tomas obedecía a un arcano siniestro. Trataste de reconstruir la secuencia desde el principio, lo que sólo lograste gracias a las anotaciones, a veces sumamente vagas, en tu agenda. La lista de nombres no era muy elocuente: fue necesario que sacaras tu mazo del Tarot de Marsella, esa antigua baraja con la cual te obsesionaste hace años, y dispusieras las cartas una tras otra para darte cuenta de que esa historia era la tuya y que, inacabada como estaba, no tenías otra opción más que continuar hasta el final, liquidar las cartas que aún tenías pendientes y someterte a los designios de ese orden probablemente funesto. (...)

Fragmento del texto publicado en *Luna Córnea 10. Fantasma*, México, Centro de la Imagen/Conaculta, 1996.